El Cuerpo de Cristo

Catequesis sobre la Eucaristía

INPAS

Instituto Pastoral Apóstol Santiago

23

EL CUERPO DE CRISTO

En las entrañas purísimas de la Virgen María se fue formando con inefable amor materno el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Los nueve meses que pasó en el vientre de María, desde ese día emocionante de la Anunciación, fue para que Jesús de Nazaret pudiera ver la luz del día.

En edad, en gracia y en sabiduría fue creciendo el Cuerpo de este Niño, reflejando en su semblante los rasgos de María y en sus manos artesanas la habilidad y dignidad con que José le enseñó el oficio de carpintero.

Con este Cuerpo, bien formado, recorrió a pie distancias interminables para cumplir la misión que su Padre le había encomendado. Tuvo fortaleza para trabajar, fortaleza para peregrinar, fortaleza aún para sufrir.

En su Cuerpo destacaba especialmente su mirada que sabía de afectos y que, desde su hondura, podía ver lo que había en el corazón de la persona humana. Sus ojos sabían llorar de amor por sus amigos, por su pueblo que lo rechazaba y consolaban los dolores de los afligidos. Y en más de una oportunidad, nos cuenta el Evangelio, por el cansancio de la jornada sus ojos se caían de sueño.

Pero, cuando subió a la montaña, y se transfiguró en presencia de Pedro, Santiago y Juan, sus amigos pudieron contemplarlo en toda su belleza: resplandeciendo como el sol y con sus vestidos más blancos que la blancura de la nieve.

Ese mismo Cuerpo tocó a los enfermos que sintieron la energía que salía de las manos de Jesús sanando todas sus dolencias. Tocó a los leprosos y quedaron limpios. Tocó a los niños y quedaron bendecidos. Tomó a la niña de la mano y resucitada la devolvió a sus padres que no cabían en sí de gozo y de asombro.

Ese es el Cuerpo, amado y amable, que fue flagelado, despreciado y clavado en un madero. Con la desnudez de su Cuerpo nos regaló su amor que nada oculta. Y con su pudor escarnecido, vistió a la humanidad de gracia y de bondad.

Bendito sea el Cuerpo del Señor Jesucristo que llevado a la tumba nueva, resucitó de entre los muertos, llevando en sus miembros las señales de la pasión. "Paz con Ustedes" –nos saluda– y nos muestra sus llagas gloriosas. Así nos regala la certeza de que Él más que nadie conoce nuestros sufrimientos.

La Iglesia no se avergüenza del Cuerpo de su Señor. Por el contrario, lo exalta y lo adora. La Iglesia no nos invita a comulgar con el "alma" de Cristo, sino con su

Cuerpo entregado y su Sangre derramada, con todo el realismo de una vida ofrendada por amor.

Cuerpo de Cristo somos nosotros, templos de su Espíritu. Ese es nuestro mayor tesoro. Y la Iglesia no encuentra una mejor definición de sí misma que esta: "Cuerpo Místico de Cristo".

Y, al igual que el Maestro, esperamos nuestra gloriosa resurrección de entre los muertos. Mientras tanto, nos acercamos a la Mesa del Cuerpo del Señor y nos desvelamos cuidando a su Cuerpo: el del altar y el de las calles sombrías; el de los jóvenes vigorosos y el de los enfermos en su fragilidad; el cuerpo que se forma en el vientre de la mujer y aquel que depositamos con infinito cariño en una tumba a la espera del día definitivo.

Decir cuerpo es decir vida. Decir Cuerpo de Cristo es vida para siempre.

Sugerencias:

1. Canto: "El Señor nos ha amado como nunca nadie amó".

2. Destacar el Cuerpo de Cristo, clavado en el madero de la cruz.